

todo, prosternándose ante la Primogénita del Señor, y colmándola de bendiciones fervorosas. «He aquí la esclava del Señor.» ¡Oh! No hay virtud, no hay perfección que no esté contenida en esas concisas frases; no hay conceptos en la sabiduría humana para ponderar esa respuesta tan elocuente y tan sencilla; porque ella es la expresión completa de toda fidelidad, y el abrumador anatema de toda rebelión del espíritu. El ángel rebelde debió escuchar con ira y con envidia aquel suspiro de la humildad y de la obediencia; las almas de los primeros vivientes debieron sentir júbilos innarrables ante aquel esplendoroso rayo de la esperanza y de la caridad divinas.

«He aquí la esclava del Señor.» ¡Oh prodigio! Llámase María sierva, cuando su pensamiento, su conformidad, su oblación, su sacrificio, son lo más hermosamente voluntario; cuando su esclavitud es la libertad para elegir la verdad, la libertad para practicar el bien, la libertad para difundir ese bien y esa verdad, entre todos los seres inteligentes; los títulos, en suma, para ser la Soberana de las jerarquías angélicas, la Madre de la gracia, el trono de toda Sabiduría, el espejo de toda justicia, el refugio de los pecadores y la puerta de los cielos, puesto que] ha concurrido con el Verbo Humanado, con el sacrificio de Jesús, á la regeneración de las almas y al engrandecimiento de los pueblos.

Expliquemos ya, pues, las grandezas y dulzu-

ras de la Encarnación del Verbo, con relación al humano linaje, y perdonadme, Señores, si me detengo demasiado en mi discurso.

### III

La restauración de la humanidad por el Verbo de Dios hecho carne es el acontecimiento más trascendental y más misericordioso en la historia de los siglos. Pero hay una hermosura especialmente conmovedora en esa obra de omnipotencia y de amor, y es el resplandor de la Divinidad de Jesús irradiando sobre la naturaleza humana, de que Él quiso revestirse para ofrecer voluntariamente su vida; es el sello sobrenatural que ha impreso, por manera indeleble, en todo el ser humano; la misteriosa unión de dos naturalezas, la divina y la humana, en la Única Persona, en la Única Subsistencia Divina de Nuestro Señor Jesucristo.

En vano la ciencia crítica moderna, ó sea el Racionalismo, llevado á las más altas cumbres de la soberbia humana, pretenderá hacer del Evangelio una mera leyenda, ó presentar á Jesucristo á la admiración de las gentes como el primero de los sabios, ó el más poderoso de los genios. Ese intento orgulloso habrá de estrellarse siempre

ante el hecho evidentísimo de que la Vida y los caracteres de Jesús responden, hasta en los más pequeños pormenores, á la figura amada del Mesías, descrita por los Profetas. Jamás será dado á la incredulidad aislar al Cristo del Nuevo Testamento del Mesías del Testamento Antiguo; jamás logrará cortar ni interrumpir esas dos épocas del mundo; y, á despecho del error y del odio, ha de aparecer, indiscutiblemente probada, la Divinidad de Jesucristo. Las Profecías estaban consignadas, con prolijidad que admira, en los libros de la Antigua Alianza; esas Profecías se han realizado manifiestamente en Jesús, y este maravilloso acuerdo es testimonio indubitable, es garantía segura para la fe de las generaciones cristianas.

Además de esto, Excmo. Señor, los corifeos de la filosofía racionalista no se han detenido bastante á meditar sobre las radicales diferencias que existen entre la Sabiduría de Jesucristo y la ciencia de los mayores talentos; entre su fuerza y la fuerza de los grandes conquistadores; entre su poder divino y las más altas empresas del poder humano. Los hombres más celebrados del mundo por sus hermosas creaciones ó sus ilustres hechos recogieron siempre su inspiración y sus ímpetus de la meditación y del cálculo, ó del fuego en que arde el ambicioso, ó del hielo que petrifica al egoísta, ó de la espada fulminante y vencedora, ó de la pronta y viva luz de una inteligencia lúcida, ó del ejemplo de un corazón generoso y magnáni-

mo; porque todo genio privilegiado adivina, compone, compara, elévase quizá á todas las esferas que puede recorrer el entendimiento creado; posee, por decirlo así, todas las grandes claves del saber; utiliza todos los recursos exteriores, todos los elementos humanos que pueden influir en el éxito de una obra gigantesca; pero el talento y el genio no tienen, ni tendrán nunca, á su alcance lo sobrenatural, lo inmenso, lo omnipotente, lo absoluto, como lo tuvo el Hombre Dios por su propio poder, por su divina Esencia, ó como pueden tenerlo, por delegación de Dios, por la gracia de Cristo, los instrumentos de su Providencia, los ejecutores de sus mandatos y dispensadores de sus misericordias.

No, Señor Excmo.; en la vida de las más colosales figuras de la Historia no encontraremos ser alguno que pueda acercarse, que pueda parecerse á la vida y á la Persona de Cristo; porque nadie, nadie hay infinitamente Sabio y Justo como Él; Inmutable é Increado como Él. No; ni en los *Cantos* de Homero, no obstante sus armonías y sus argumentos grandiosos; ni en las empresas de Alejandro, jamás superadas por guerreros de posteriores edades; ni en la elocuencia de Demóstenes, con sus conceptos profundísimos y sus giros arrebatadores; ni en las obras de Fidias, de actitud y corrección sobre todo encarecimiento admirables; ni en los libros de Platón, ni en la lira de Virgilio, á pesar de ser como preludios de la ver-

dad cristiana y de las ternuras evangélicas, veremos resplandecer nosotros la luz deslumbradora, perenne, celestial, de la doctrina del Salvador Jesús, y menos todavía la llama misteriosa, el fuego espiritual y místico de la Caridad inefable del Redentor del mundo.

Pero si media necesariamente lo infinito entre las glorias del Verbo Encarnado y el espíritu más favorecido y eminente entre todos los hombres, hay entre ellos otra diferencia palpable, suprema, decisiva, que se impone á mi mente y á mi ser con irresistible eficacia. La vida de los mayores genios me llenará de asombro, cautivará mi entendimiento y mi fantasía; pero de esas altas grandezas no participa ni vive mi corazón; esos méritos, tan dignos de alabanza, no son reversibles á la vida de mi propia alma; en vez de que la Vida de Cristo, la Encarnación del Hijo de Dios en la naturaleza humana inundará por tal modo nuestra existencia misma, se comunicará por tal suerte á nuestro corazón y nuestro espíritu, que seremos Templo del Dios vivo, y el Espíritu Santo vendrá á morar en nosotros por su amor y por su gracia (1).

No se compadecería, Señores, con el santo júbilo que despierta la Festividad de hoy en las almas religiosas, pintar extensamente el triste cuadro de las sociedades paganas, aun en los días

(1) II Pet., I, 4.—I Cor., III, 16.

más ponderados de César y de Augusto; pero habéis de permitirme que yo presente, al menos, un bosquejo ligerísimo de aquel período tan célebre en los anales del mundo.

La idea del verdadero Dios había quedado desvanecida entre los innumerables é impuros dioses que adoraban los pueblos. Cada nación vencida llevaba sus divinidades á Roma vencedora, la cual les daba un lugar en sus cultos, porque fué su política constante compensar con dañosas complacencias las humillaciones que hacía sufrir á los pueblos conquistados; y con ser tan amargo y desconsolador el Fatalismo antiguo, yo me atrevería á decir que lo más noble de aquel mundo en ruinas, de aquellas generaciones sumidas en la disolución más completa, era la ciega inflexibilidad del destino, los rigores ineludibles del *hado*, única autoridad temida en el Olimpo, que presidía Júpiter, y cuyo poder y cuyo influjo eran menos dignos de desprecio que las cien deidades protectoras de todos los deleites y todos los delitos. Y como una sociedad que no conocía al Dios verdadero no podía poseer la verdad, ni amar el bien, ni practicar la virtud, detrás de la grandeza aparente del Imperio de Roma descubriase la rudeza y la crueldad en las legislaciones, la tiranía más odiosa en la familia, la ausencia de la castidad en los templos, la impudicia triunfante en las costumbres, la soberbia en el Foro, el dolo en el Senado, la gula entre los pode-

rosos, la conjuración y la revuelta entre los plebeyos y los esclavos, la desconfianza, en fin, la ambición y la perfidia entre las potestades, los caudillos, los filósofos, los oradores, los poetas, que se hundían en el cieno de todas las pasiones y que consideraban al pobre y al pueblo como un conjunto de multitudes sin derechos y casi sin dignidad humana.

Es decir, Señor Excmo., que en los dioses fabulosos de la Gentilidad estaban encarnados los más innobles apetitos, las más culpables fragilidades, y hasta los crímenes más atroces; abominaciones todas que ellos encarnaban á su vez en aquellas razas y en aquellas clases pervertidas. Y entonces fué cuando la Justicia y la Omnipotencia Divinas resolvieron celebrar el juicio del mundo, arrojando de su trono al ángel del mal, al príncipe del error y jefe de las rebeliones impías, y exaltando al Hombre Dios sobre la tierra en un madero bendito para que atrajese hacia sí todas las cosas (1).

Siempre, hermanos míos, quedará llena de asombro la razón humana, y serán confundidos los entendimientos incrédulos, al contemplar la rapidez increíble de la conquista del mundo por la doctrina del Evangelio, puesto que este maravilloso fenómeno no fué la evolución de largos siglos, el cambio lento y pausadísimo de las anti-

(1) Joan., XII, 31 y 32.

guas religiones, sino aurora que se convierte súbitamente en sol, y sol que nunca tendrá ni ocultación ni ocaso. Apenas ha realizado Jesucristo su holocausto en la Cruz, y ha ascendido á los cielos, y hecho descender el Paráclito, sus apóstoles y discípulos, los Pastores de su nueva Iglesia, llevando al celestial Maestro encarnado en el alma, van ganando con actividad incansable, con fecundidad prodigiosa, las inteligencias y los corazones, los sabios, los magnates, los soberanos y los reinos, por la predicación y por el ejemplo, por la limosna y el milagro, por la mansedumbre y el martirio. Desde Roma hasta Atenas, desde el Asia Menor hasta Egipto, la filosofía cristiana arrebató el cetro á la filosofía helénica; la libertad cristiana comienza á romper los eslabones de la cadena de la esclavitud; el heroísmo cristiano, haciendo estériles el aborrecimiento y la saña de los perseguidores, llena de millares de fieles, no ya sólo las Catacumbas, sino los palacios mismos de los Césares; la castidad cristiana, purificando el ambiente deletéreo de aquellas sociedades, hace surgir á millares las tímidas y pudorosas vírgenes. Al frenesí de los placeres y á la deificación de la criatura suceden el espíritu de mortificación y las aspiraciones y arrobamientos del alma, que busca y ansía lo imperecedero y lo infinito. Á los antiguos Imperios, mortalmente estacionados en la sangrienta ó la ridícula veneración de sus ídolos, suceden como por encanto, en muy escasos

lustros, la Cruz de redentores brazos, los templos, los hospitales, las escuelas, los Pontífices y los Obispos que apacientan su grey, los Sacerdotes que confortan y bendicen al moribundo, los monjes que conservan las ciencias y fecundizan los campos, los ángeles de los claustros que velan y que oran, las viudas que socorren y aconsejan, los caudillos que defienden la fe, los sabios, por último, que esclarecen la ciencia, combatiendo sin tregua ni reposo el error y el sofisma.

Pero no fué sólo, Señores, que el Verbo Encarnado trajera la idea divina, el sentimiento divino, la caridad y la consolación divinas, el triunfo de la verdad y el bien, los elementos seguros y eficaces de la dicha y el engrandecimiento de los pueblos. Lo que principalmente cautiva en este Misterio adorable, es que la sangre preciosa vertida en el Calvario para rescatar al hombre, pareció transfundirse á la humanidad entera, á todas y á cada una de las almas creyentes: es que el Hijo de Dios, al salir de las moradas de su Padre, ha descendido á la tierra para ser hermano de todos los hombres, para poner en la humana naturaleza algo de su substancia divina y de su ternura sin límites; para hacerlos coherederos con él de una bienaventuranza sin término, para ligarlos entre sí con los vínculos de una fraternidad la más perfecta, para darse El mismo, en fin, como prenda de estas uniones recíprocas, por toda la duración de los tiempos.

Porque ya dijimos que así como el Misterio de la Encarnación tiene su raíz y su principio en el arcano de la Trinidad Beatísima, así también del Entendimiento y del Amor del Verbo Encarnado se derivó otra Encarnación más extendida, como la llamaron los Doctores y Padres de la Iglesia; Encarnación venturosa que es fuente de delicias donde todas las almas beben, sin que se merme nunca el caudal ni la virtud de sus aguas. Y esa fuente es el Sacramento de la Eucaristía, donde todo son encarnaciones admirables de la fe y de la caridad, y comunicación íntima de merecimientos y de gracias; donde las resurrecciones felices causadas por la contrición y la penitencia, ó por una pureza siempre viva y radiante, se ostentan con toda su fecundidad y su gloria; donde el Dulcísimo Salvador Jesús desciende realmente á nuestro pecho, y nuestro corazón puede tocar á su Corazón, no con los sentidos, pero sí con los más amorosos afectos; con la mano de la fe, con el dedo del deseo, con los ardores de la devoción, con los ojos de la mente (1).

¡Oh tú, Arcano eucarístico, Hostia perpetua é inmaculada! ¡Quién podrá ensalzar dignamente tus grandes maravillas y tus místicas suavidades! Tú, como todos los Sacramentos de Cristo, pero

(1) *Christus tangi potest, sed affectu non manu, voto non oculo, fide non sensibus. Tanges manu fidei, desiderii digito, devotionis amplexu, tanges oculis mentis.* (Bern., sermo 20, *in Cant.*)

con más especiales carismas, te ofreces, como el aire y la luz, á todos los que te aman; nivelas, como el Océano hace desaparecer sus senos con las aguas, todas las desigualdades de la vida; haces quizá más rica la corona de la pobreza que la diadema de los Soberanos. Recibirte frecuentemente delante de los Sagrados Tabernáculos es gozo intenso del espíritu; recibirte pronto y con pureza de conciencia en los peligros y en las enfermedades, es no sólo encontrar amable la idea de la muerte, sino recrearse en su proximidad y entrever ya los umbrales de las mansiones empíreas. ¡Oh Misterio, Misterio mil veces adorable y bendito! No permita el Dios de toda clemencia que yo exhale el último suspiro sin que tú seas mi viático y mi escudo en el supremo tránsito de lo temporal á lo eterno!

¿Y qué diremos ahora, Excmo. Señor, del Misterio de la Anunciación de la Virgen María en relación con el mundo cristiano; de las grandezas y dulzuras de la maternidad de María para con la humanidad regenerada? Lo mismo que la unión del Verbo Divino con la humana naturaleza en una sola hipóstasis dignifica la humanidad entera, así el honor y la dignidad de que la Virgen María ha sido revestida, dando al Hijo de Dios el ser corporal y visible, son prenda de rehabilitación dichosa, título de perdurable nobleza para todas las razas del humano linaje. El Espíritu Santo quiso hacer de las entrañas de María el

Santuario de sus immaculados amores; el Dios omnipotente se dignó pedir á María su consentimiento y su concurso para realizar el pensamiento eterno; la carne de Jesucristo Dios y Hombre, es carne de María; la carne de María es la naturaleza humana restablecida, es la mujer rehabilitada y vuelta á su primitiva grandeza, es la maternidad salvadora de todos los hombres fieles, así como la maternidad de Eva vino á ser, después de su culpa, el origen de un inmenso infortunio. Hay, pues, en ese Misterio relaciones manifiestas, reciprocidades íntimas que unen estrechamente lo humano con lo divino, lo finito con lo que no tiene principio ni fin, al hombre creado y redimido con su Hacedor y Redentor Supremo; y el destino y la misión de María, la Virgen Madre, serán tan ricos y superabundantes en gracias y en misericordias, y su devoción y su influjo brillarán de tal suerte en las páginas de la Historia Eclesiástica y en el hermoso libro de las tradiciones cristianas, que frecuentemente las almas no implorarán el perdón y las mercedes del cielo, sino por la intercesión y el valimiento de la Madre de Jesús y Corredentora del mundo.

Sí, hermanos míos: sol que gira en el espacio sin nubes que lo eclipsen, sin manchas que lo oscurezcan, sin horizontes donde se esconda, el amor y el culto de María reflejarán constantemente sus rayos sobre las almas buenas, y llamarán con insistencia piadosísima al corazón de los